

TENEMOS PATRIA

Por GABRIEL HENAO MEJIA

Colombia, esta patria de tradiciones civiles inmaculadas y de tan nobles atributos raciales, acaba de pagar también su tributo de sangre y su aporte de angustia en esta cruzada universal por extirpar el comunismo. También a nosotros nos tocó el turno en el empeño ciego y bárbaro de las huestas rojas por dominar a los pueblos y sujetar a la humanidad dentro del marco materialista y totalitario de la ideología moscovita. En el viacrucis que ha soportado el mundo en esta postguerra, tan llena toda ella de visicitudes y quebrantos, Colombia ha cumplido su etapa y ha padecido su porción de dolor en aras de la empresa misionera en que se hallan empeñados los pueblos libres para dominar de una vez por todas el morbo comunista. Los días de tragedia que vivimos, los momentos de zozobra soportados, las heridas y las cruces que marcan por todos los ángulos de la geografía nacional el paso violento de los nuevos vándalos, la memoria amarga y ceñuda de aquellos instantes, toda la conmoción espiritual y el dolor físico que aún permanecen sin restañar, la ruina y la devastación que aniquilaron las ciudades y las aldeas, todo vale sin embargo como heroica oblación colombiana, como santo tributo de esta patria en beneficio de la victoria final y universal sobre Moscú. Hemos sufrido en lo espiritual y en lo material de manera indecible, pero hemos pagado nuestro aporte y saldado nuestra deuda con la historia de ahora. Colombia ha salido de esta encrucijada trágica con victoriosa lealtad al destino y al mundo. Igualmente heroica, idénticamente gloriosa y con la misma gestosa postura de los tiempos libertadores. Su emancipación se ha consolidado y se ha totalizado de manera admirable. Nos hemos independizado en el espíritu y nos hemos salvado irrevocablemente frente a la historia. Ya no seremos un fácil trampolín —amparado por las ilimitadas libertades de que nos enorgullecíamos— para las conquistas comunistas en estas tierras de América, nunca más tendrán sitio y tolerancia en los ideales del pueblo colombiano las doctrinas marxistas, jamás de los jamases esta tierra libre y grande será nuevo teatro de la subversión roja ni propicia heredad para demostraciones de barbarie como las que

hace poco padecemos. Nos hemos reencontrado con el auténtico destino colombiano, hemos redescubierto nuestra posición ideológica en el mundo, ahora somos un baluarte más —y un baluarte incommovible como que fue amasado con la sangre y revestido con el dolor de un pueblo— contra la bota roja, un ejército más —lo decimos con júbilo y con decisión— en el empeño apostólico y crucial, ecuménico y misionero de salvar el pensamiento democrático, de defender las instituciones legítimas, de mantener las libertades y proteger los derechos, de hacer que el mundo sea, en fin, exactamente como lo fuimos nosotros en cien años de vida republicana: un pueblo altivamente libre pero decididamente ordenado y civilista. Hemos vencido y Dios está con nosotros. Otra vez el pueblo colombiano puede adorar su nombre y esperar confiado su protección divina. El diálogo cotidiano entre la Provincia y nosotros no tuvo pausas, ni siquiera en los momentos más duros y de mayores pruebas, pero era tibio y rutinario. Ahora Colombia ora con más unción y del dolor pasado ha salido sin escorias, sin debilidades ni vergüenza, robusta en su fe y briosa en su voluntad católica. Y la Iglesia, sembradora inmemorial de cultura y fuente inagotable de civilización, cuya historia se confunde entre nosotros con la misma historia de la patria, de nuevo surge incommovible de entre los escombros de sus templos, para continuar sus formidables empresas en bien de la inteligencia y del espíritu. Y nuestras mujeres y nuestros hijos, y todos los colombianos que merecen llamarse así, una vez más pueden sentir el calor cordial de los hogares y en la aldea somnolienta o en la ciudad fabril y febril, en el campo feroz o en el subsuelo propicio de nuevo florece el trabajo como prenda y testimonio de un pueblo que cree decididamente en el progreso pero que ama también egregiamente sus tradiciones seculares. Nada ha pasado de que podamos avergonzarnos los buenos colombianos y mucho se ha ganado en favor de la causa universal por extinguir el comunismo. Se acabaron ahora sí las ilimitadas contemplaciones que a nombre de una equivocada libertad manteníamos para los vociferantes del marxismo. Quienes negaron el honor supremo de llamarse colombianos para entregar su mente y su vida al desarrollo de traidoras campañas contra la patria, pagarán sin flaquezas de la justicia el castigo condigno de su afán proditorio y villano. Y para los que cayeron, sirviendo en mala hora ideales foráneos, como cristianos esperamos para ellos el perdón y como patriotas borramos para siempre sus nombres de la memoria nacional.

Nuestro claustro, que ha sido desde su génesis una empresa anticomunista y un erguido hito de predicación antimarxista, lógicamente no podía escapar al furor de las huestas rojas. Como obra eminentemente católica, como núcleo verticalmente colombiano, como acervo de cultura y como esfuerzo del espíritu, como centro de la inteligencia y fuente irradiadora de nobles ideales, claro está que no podía ser olvidada por quienes niegan todo esto y abominan de todo lo más alto y puro dentro de la jerarquía de los valores. Sufrimos el embate salvaje y el fuego y el saqueo dieron buena cuenta de nuestra librería y de las secciones de caja y contabilidad. Pero fueron vanos tantos intentos por destruirnos y vanas sus esperanzas por acallar este espíritu bolivariano que de las ruinas ha surgido más vivo y más templado, con la misma irrevocable voluntad de servir a la cultura, de servir a la patria, de servir a Dios. Hoy como siempre las juventudes montan

guardia al frente de los muros derruídos y no hubo siquiera una breve pausa en el afán educador ni la más mínima mengua en la voluntad de dirigentes y educandos. Aquí estamos, como siempre, predicando patria, haciendo patria, sin que el dolor del momento haya podido desviar nuestro destino o debilitar nuestros ideales o quebrantar nuestra fe.

Antes de cerrar esta glosa, es preciso y es un deber augusto destacar la figura excelsa del Excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Mariano Ospina Pérez y relieves la misión imponderable y magnífica del ejército colombiano. Por ellos podemos decir hoy que tenemos patria, que esta tierra nuestra que nos entregó el Libertador libre e independiente aún lo es. Cada jornada épica tiene un héroe y esta dolorosa pero hazañera que hemos soportado los colombianos tuvo el suyo y lo tuvo en grado sumo. El señor Presidente de la República, cuyo perfil se destaca hoy heroicamente en la historia de la patria, salvó la nacionalidad con entereza admirable, con vigor y energía imponderables, con acierto y certeza de que en sus manos estaba la suerte de la patria. Juró cumplir sus deberes como Presidente de los colombianos y los cumplió con creces. Su silueta magnífica emerge hoy sobre las ruinas de la patria como un símbolo de esperanza y como testimonio vivo y gallardo de la nacionalidad. Este claustro, ligado por vínculos tan firmes al doctor Mariano Ospina Pérez, se siente orgulloso de que un título doctoral suyo lo porte el más ilustre de los colombianos, el paladín más egregio del destino nacional, el héroe auténtico de esta jornada en que la patria soportó por breves horas el peligro de la dominación roja. Y nuestro ejército, ese noble ejército colombiano que no ha torcido jamás su trayectoria, que no ha vacilado nunca ante el peligro cuando de salvar la patria se trata, que ha cumplido siempre de manera irrevocable y heroica su deber, se ha mostrado en esta vez a la altura de la historia como fiel mantenedor de los ideales nuestros, como continuador sin menguas de las virtudes heredadas de los próceres que un día amasaron con su sangre la independencia de este pueblo. En esta hora amarga —pero llena de júbilos íntimos por la victoria lograda— la figura inmaculada del Presidente y el bloque magnífico del ejército nacional, se confunden en maravillosa comunión con la estampa misma de la patria. Ante ellos, los bolivarianos alzamos el brazo y con la voluntad templada y en marcha el corazón repetimos las palabras amadas del Himno Nacional: “En surcos de dolores el bien germina ya”.